

Prosecución y fin del sitio de Puebla

No volvió á ser atacada, como antes quedó expresado, la línea encomendada al general Díaz; mas él, ardoroso, ayuda en sus defensas á los puestos vecinos á su línea. Dice el general: «El día 5 de Abril comenzó un fuego en la brecha, procedente del lado de la manzana del Hospicio que ve al Oriente, sobre la manzana que defendía el general D. Ignacio de la Llave, en la calle de la Estampa de San Agustín, y siguió el 6.

»Familiarizados ya con el sistema de ataque de los franceses, comprendimos que una vez practicable la brecha, vendrían las columnas de asalto. Con este motivo nos preparamos á resistirlo.

»El general Berriozábal puso en la trinchera que ligaba á San Agustín con su manzana vecina hacia el Oriente, dos cañones para batir á metralla la calle que debía atravesar la columna que asaltaría las posiciones del general La Llave, y cubrió los balcones de una y otra acera con infantes que tenían igual objeto.

»Yo, cuando se supuso que era inminente el asalto, corrí con un grupo de cabos y sargentos sobre las azoteas barridas por los fuegos de los balcones del Hospicio, á caer en un patio de la última casa que hacía frente al Hospicio mismo, dejando establecida una cuadrilla de zapadores que hicieran perforaciones para facilitarme una comunicación menos peligrosa al efectuar el regreso. De pronto importaba aprovechar á todo trance los instantes.

»En la bajada al patio de la casa de la esquina, que verificamos sin escalas, se me inutilizaron dos soldados; pero con los que quedaron disponibles, sostuvimos por las puertas de la tienda, rápidamente aspilleradas, un fuego casi á quemarropa sobre la columna que atacaba al general La Llave, la cual fué cortada por nuestros fuegos, á los que se unían los que recibía de la trinchera y balcones de la calle de San Agustín.

»Así, la cabeza de la columna asaltante quedó dentro del perímetro defendido por los nuestros y se vió obligada á rendirse.»

Con motivo de las resistencias que los franceses encontraron en la línea del general Díaz, los días 3 y 4 de Abril, y el que se acaba de mencionar del día 5 y 6, el general Forey citó un consejo de guerra para tratar en él sobre la mejor manera de seguir combatiendo, vistos los fracasos sufridos. Oigamos al capitán Niox, del estado mayor general, que dice en su obra: *Expédition du Mexique*, sobre el particular, lo siguiente:

»El día 5 de Abril se trasladaron hacia San Marcos algunas piezas de á 12, con objeto de abrir

brechas, para lo cual las de montaña no eran eficaces ni aun en buenas condiciones. Al día siguiente, seis compañías del primero de zuavos atacaron de nuevo la manzana número 34 (posición del general La Llave). A las cinco de la tarde, una descubierta de treinta hombres, mandada por el teniente Galland, y un destacamento del cuerpo de ingenieros, penetraron rápidamente por la brecha; otra sección siguió sus pasos con igual brío; un fuego espantoso de metralla y fusilería se cernió desde luego sobre la calle; muchos de nuestros soldados cayeron muertos, y los heridos, arrojándose hacia atrás, paralizaron el embate de la columna. El comandante Carteret-Trecourt, cogiendo á un zuavo por el brazo, lo arrastra consigo hacia el espacio que separa los dos cuadros, y en donde la metralla barría con todo lo que encontraba á su paso; el capitán Michelin y el teniente Avéque se lanzan en su seguimiento, esperando por este medio arrastrar consigo á su compañía. Inútiles esfuerzos; el capitán Michelin cae muerto, y los otros dos oficiales heridos; el fuego del enemigo se concentra sobre las aberturas de San Marcos y hace imposible la salida de la columna, forzándola á renunciar al ataque.

»El teniente Galland organizó la defensa en los cuartos que había ocupado, pues que toda retirada se le había hecho imposible. A las nueve de la noche, el enemigo le propuso que se rindiera, pero él lo rehusó. No teniendo víveres sus soldados y conociendo la imposibilidad de resistir, éstos le abandonaron sucesivamente; no permanecieron con él más que dos sargentos, dos cabos y un zuavo (1).

»En tales condiciones, tuvo que rendirse á su vez, después de haber obtenido para él y los que no le habían abandonado, el honor de conservar sus armas. Cayeron, pues, prisioneros en la ocasión, treinta y seis hombres. Ese ataque infructuoso costó, además, un oficial muerto, dos heridos, ocho soldados muertos y diez y ocho heridos.

»*Consejo de guerra.*—Las contrariedades sufridas en la noche del 2 al 3 de Abril, en la del 4 al 5 y del 6 al 7, no habían agotado todavía la energía de nuestras tropas; y sin embargo, era imposible dejar de conocer que habían producido en su moral un efecto asaz penoso. Las circunstancias tenían, pues, un cariz de gravedad: el general en jefe reunió un consejo de guerra de los generales de división y de los jefes en servicio, con objeto de oír su opinión respecto de la dirección de las operaciones ulteriores. En dicho consejo se discutió:

»1.º Si era necesario, en vista de la superioridad de la artillería enemiga, suspender los ataques y esperar la llegada de cañones de grueso calibre, que se pedirían al almirante en jefe de la escuadra del golfo.

»2.º Si era necesario suspender el sitio y mantener solamente una fuerza de observación sobre Puebla, para marchar desde luego sobre la ciudad de México; y

»3.º Si era necesario abandonar la circunvalación de Puebla, y marchar sobre México con todo el ejército.

»Estos dos últimos arbitrios ó resoluciones debían tener el grave inconveniente de aumentar la

(1) No es exacto lo que dice el capitán Niox respecto del teniente Galland, pues aunque es cierto que era un oficial de mucho valor, no pudo organizar ninguna defensa ni se rindió hasta las nueve de la noche. Al principio contestó con brío á las intimaciones que se le hacían, diciendo que los zuavos jamás se rendían; pero esta resistencia esforzada duró pocos momentos, y luego que comprendió que su posición era insostenible, se rindió á discreción con los treinta y tantos zuavos que le acompañaban en una zahurda en que se había refugiado; y esto se verificó antes de que oscureciera, esto es, á las seis de la tarde, y no á las nueve de la noche.

exaltación de los adversarios de la intervención y la desanimación de sus sostenedores. El general en jefe desechó, pues, todos esos dictámenes y se resolvió á proseguir el sitio.

»En ese primer período del sitio, las pérdidas habían sido:

»Un oficial general muerto, cinco oficiales muertos, dos oficiales muertos á consecuencia de sus heridas; treinta y nueve oficiales heridos, cincuenta y seis soldados muertos, cuatrocientos cuarenta y tres heridos, de los cuales se hallaban todavía en las ambulancias doscientos cincuenta.

»La artillería de la plaza había hecho cerca de 25.000 tiros de cañón, y lanzado unas mil bombas.»

El general Díaz dirigió todos los combates y tomó parte activísima en el último de ellos, en que no tuvo el mando, y á los cuales se refiere Niox diciendo que tanta impresión hicieron en los sitiadores, hasta motivar el consejo de guerra de que se da cuenta.

El día 8 de Abril, el coronel D. Antonio Calderón reconquista la garita del Pulque, de que una tropa de zuavos se había apoderado. En la noche del 13, el general republicano O'Horán salió de Puebla con objeto de hacer conocer al Gobierno que se agotaban los víveres.

La iniciativa de los franceses había cesado, pero los trabajos de zapa avanzaban cada día.

El 15, la primera brigada de Zacatecas se dirige del Carmen á la Teja, á fin de impedir trabajos de aproche de los franceses, y entre los dos puntos citados hubo diversos combates.

El general Díaz vuelve á tomar parte en las luchas que se sucedían. Dice en su Autobiografía:

»En la tarde del día 19 de Abril, estando al acaso en la manzana que mandaba el coronel Sánchez Román, contigua á mi línea, fué aquélla atacada vigorosamente, precediendo al asalto un cañoneo en brecha, que rompió el muro de una zahurda que limitaba con la calle. La trinchera de esa manzana estaba trazada en curva, y defendía todo el lado que ve al Occidente y la mitad del que ve al Sur; y se había destruído toda la construcción interior que quedaba fuera del glacis, para dar campo de tiro á la trinchera, quedando solamente, como cortina ó máscara de la fortificación, unas bajas tapias que daban á la calle.

»Cuando la brecha estuvo abierta, me ocurrió que un pelotón de rifleros armados de revólvers, oculto en la zahurda á que antes me referí, podría contener el asalto, puesto que sólo por esa brecha podía emprenderse, y fui personalmente, pasando el foso por una viga, á establecer el destacamento, á la sazón que los franceses habían penetrado por la extremidad opuesta de la misma calle, sin abrir brecha, y habiendo forzado una puerta por medio de un petardo. Así, cuando regresé de colocar el destacamento, los zuavos estaban ya dentro de nuestras trincheras é hicieron prisionero al destacamento que yo había colocado en la brecha, menos á dos ó tres soldados que, como yo, pudieron escalar las azoteas y caer á otras casas que aun estaban ocupadas por tropas mexicanas, y salir de allí con ellas á la calle, donde hicimos una suprema defensa, que impidió el paso de los zuavos más allá de la manzana del mando de Sánchez Román, á la que llamábamos la manzana del Mesón de la Rreja.

»Tuve la desgracia de presenciar, y hasta de ser actor en la pérdida de esa manzana, sin que las tropas que la defendían estuvieran á mis órdenes, porque me dió pena retirarme en los momentos en que ella sufría un ataque.

»El 25 de Abril de 1863 tuvo efecto el ataque al fuerte de Santa Inés, que mandaba el general D. Miguel Auza, y el cual fué de los más reñidos y notables.

»El ataque de Santa Inés procedió de la manzana del Mesón de la Rreja, que pocos días antes

le habían arrebatado los franceses á Sánchez Román. El lado de la manzana de San Agustín, que hace frente por el costado sur á la del Mesón de la Reja, no es de altos, sino que se limita con la calle por la barda de la huerta; pero tiene una serie de piezas bajas, cuyas azoteas estaban barridas por los fuegos de fusilería procedentes de los balcones del Mesón de la Reja.

»Durante el ataque á Santa Inés, los fuegos, tanto de mi trinchera que estaba en la calle, con frente para donde debían pasar las columnas de los asaltantes, como los de los balcones de ambas aceras de la calle de San Agustín, eran muy eficaces sobre esas columnas, pero no me parecieron suficientes; y en los momentos que el ataque era más reñido, saqué por una de las puertas que daban á las azoteas de los cuartos bajos de la huerta, unos pelotones, que sobre dichas azoteas llegaron hasta las de la esquina, bajo los fuegos dominantes que nos hacía el enemigo; y con tales pelotones y los otros colocados en los balcones de enfrente, se ocasionaron tantas pérdidas á las columnas de asalto, que, paralizado su movimiento de avance, quedó cortada una parte de su fuerza, que había ya penetrado al convento de Santa Inés. El resto retrocedió al fin á sus posiciones, dejando en nuestro poder á sus compañeros de vanguardia, que eran ciento treinta hombres del primer regimiento de zuavos, con siete oficiales.

»Centenares de cadáveres de soldados franceses, entre los que se veían los de algunos oficiales, dejaron marcada la marcha sobre nosotros, dentro y fuera de nuestros parapetos.

»Al día siguiente, el general González Ortega dió algunos ascensos á oficiales que habían tomado parte en ese combate, y me mandó á mí el de general efectivo de brigada, cuyo nombramiento fué confirmado en seguida por el gobierno federal.»

Mucho se distinguió el general en todas esas encarnizadas luchas; y el ascenso á general efectivo con que era premiado, significaba, más que otra cosa, un limitado acto de justicia.

Se ve cómo el general Díaz, en la defensa de Santa Inés, lo mismo que en las otras dos anteriores, que tuvieron efecto á inmediaciones de su línea, arrojándose á todos los peligros y ejecutando todas las fatigas, prodigaba su persona; pues sin descuidar las funciones del alto mando que tenía, era tirador en la aspillera, jefe de pelotón en la brecha, guía de grupos de bravos que salvaban azoteas barridas por las balas enemigas para ir á abrasar, con el foganazo de sus fusiles, las cabezas de los que avanzaban sobre nuestras posiciones.

La sencilla relación de los hechos, deja ver cómo se excedía en sus obligaciones; cómo multiplicaba sus poderosos esfuerzos; cómo desarrollaba su vehemente feliz iniciativa; cómo, en fin, en grado heroico, se consagraba á sublimar el cumplimiento de sus deberes, distinguiéndose entre todos.

La lucha seguía. San Agustín, el Carmen y la prolongación de la línea defendida por el general Alatorre, habían también sido motivo de ataques sin éxito por parte de los franceses.

Inmensa cantidad de parque habíase consumido, y á virtud de esto, el 26 se ordenó economizar las municiones. Del 25 al 29, con acuerdo de ambos beligerantes, se suspendieron dos veces los fuegos, por dos horas, con el fin de levantar la multitud de cadáveres insepultos que existían en las calles y entre los escombros.

El 29, el general González Ortega avisaba al general Comonfort que sus municiones de boca y de guerra concluían, y que se veía en el caso de romper el sitio, para lo que pedía su combinación, fijando la operación para el día 2 de Mayo. Dió el citado jefe disposiciones para el objeto, pero Comonfort le expuso que con las tropas de su mando iba á introducir víveres y parque. En espera de esto, González Ortega hizo uso de provisiones de particulares, para mantenerse por unos días más.

El día 5 de Mayo se verificó un canje de prisioneros, por el que el jefe mexicano remitió á Forey tres capitanes, dos tenientes, tres subtenientes y 160 individuos de tropa: 26 más de los que pudo entregar el general francés. En cuanto á los heridos, debían quedar en los hospitales donde se hallaban, para canjearse después.

El mismo día 5, el general O'Horán había tenido un encuentro con fuerzas francesas en San Pablo del Monte; y como se le hicieran 21 prisioneros, Forey los remitió á cuenta de los 26 excedentes de que hemos hablado.

El citado general O'Horán servía de vanguardia á la división de Comonfort; y como fracasó en su avance, el jefe aludido lo repitió el día 6 por otra parte, con el mismo mal éxito. Así es que los víveres y el parque no podían ser introducidos á Puebla, cuyo cuadro de hambre pintaba de una manera patética el general en jefe, especialmente al referirse á los habitantes de la ciudad, expresando que las madres con sus niños solicitaban mendrugos de las tropas, por más que aquellas madres pertenecieran á familias bien acomodadas.

El día 8 por la mañana, fuera de la población y por el rumbo de San Lorenzo, se hizo notar un fuego nutridísimo; era que el general Comonfort, apremiado por el gobierno, procuró introducir víveres á Puebla, á cuyo fin había escalonado sus fuerzas desde San Cosme hasta San Lorenzo; mas la principal parte de ellas fué derrotada completamente, habiéndosele hecho cerca de mil prisioneros y quitándole ocho piezas de artillería. Así es que se vió en el caso de retroceder con unos 2.500 hombres.

Con aquel descalabro, la plaza quedó sin esperanza de los auxilios de provisiones que necesitaba; y González Ortega escribió á Comonfort, pidiéndole su concurrencia de llamar la atención para ayudarle en su salida, que preparaba para el día 14.

El general Díaz habíase apercebido de que el enemigo relevaba las fuerzas que estaban frente á San Javier, desde la noche del 7 de Mayo, y de que las tropas relevadas se movían hacia el camino de México, de lo cual dió oportuno aviso al cuartel general, el que dispuso que las reservas estuvieran listas para moverse á primera orden.

Por lo demás, á diario seguían teniendo efecto combates entre las fuerzas de una y otra parte; y el 12, en que una multitud de mujeres y niños hambrientos, tremolando bandera blanca, quisieron hacer una salida, fueron acribillados á cañonazos por los franceses.

El día 13, el general Patoni avanzó del fuerte de ingenieros para reconocer las posiciones enemigas, y así escoger los puntos más á propósito para la ruptura del sitio; y con motivo de tal avance, tuvo efecto un verdadero combate. Llegó la noche del día 14, y en vano se esperaron las señales que se había convenido hiciera Comonfort al aproximarse, para dar principio á la operación de las tropas sitiadas contra las sitiadoras.

El cañoneo se hizo muy sensible el día 15; y como en todo él ninguna noticia viniera de parte del jefe del ejército del centro, González Ortega convocó á una junta de guerra á sus generales, en cuya junta hizo saber que no se podía contar con el auxilio de Comonfort; y que, antes que otra cosa, estaba resuelto á destruir todo el armamento, disolviendo el cuerpo de ejército de Oriente, y entregarse prisionero con el cuadro de generales, jefes y oficiales, sin pedir ninguna garantía.

Previas algunas consideraciones, al fin se acordó entrar en pláticas con el enemigo, y el día 16, el general Mendoza se presentó como emisario en el cuartel general de Forey. Regresó luego á dar cuenta al general González Ortega del resultado de su conferencia, y le expuso que había mani-

festado al jefe del ejército invasor que se pedía salir de Puebla con los honores de la guerra, y con derecho de seguirla haciendo contra Francia, á lo cual no accedió el citado jefe.

De ello se dió conocimiento á otra nueva junta de jefes superiores. Expúsose cuanto se ha dicho sobre la situación de la plaza, y el resultado de la comisión de Mendoza; y visto que el parque de cañón apenas bastaba para dotar las piezas por tres horas, que los víveres estaban agotados, y que no había que contar con auxilios del exterior, se resolvió, según la primera indicación de González Ortega, que se destruyesen los fusiles, que se reventaran los cañones, que se disolvieran las tropas, y que el cuadro de jefes y oficiales se entregaría sin pedir garantías al vencedor.

Todo esto se efectuó; y en la madrugada del 17 de Mayo, el general en jefe dirigió á Forey la siguiente nota:

«No siéndome ya posible seguir defendiendo esta plaza, por la falta de municiones y víveres, he disuelto el ejército que estaba á mis órdenes y roto su armamento, inclusa toda la artillería. Queda, pues, la plaza á disposición de V. E., y puede mandarla ocupar, tomando, si lo estima por conveniente, las medidas que dicta la prudencia para evitar los males que traería consigo una ocupación violenta, cuando ya no hay motivo para ello. El cuadro de generales, jefes y oficiales de que se compone este ejército, se halla en el Palacio del Gobierno, y los individuos que lo forman se entregan como prisioneros de guerra. No puedo, señor General, seguir defendiéndome por más tiempo: si pudiera, no dude V. E. que lo haría.—Acepte V. E., etc.»

Así terminó esa epopeya del sitio de Puebla, en que durante 62 días se ilustró nuestra historia militar con páginas gloriosas.

En la mañana del 17 de Mayo de 1863, mil cuatrocientos jefes y oficiales se encontraban reunidos en Palacio y en el atrio de Catedral, de la ciudad de Puebla de Zaragoza, esperando que el general en jefe del ejército francés dispusiera de ellos como á bien tuviera.

El 18 de Mayo se mandó á los prisioneros un documento por el que deberían comprometerse ante el jefe de la expedición francesa á permanecer bajo palabra de honor en los lugares que se les señalaran por él, sin tomar parte más en la política ni en la guerra de México. Tal documento no lo firmó ni un solo oficial, y se suscribió por varios jefes otro que escribió el general González Ortega, manifestando que les era prohibido por la ley, y por su propia convicción, el contraer compromiso alguno que menoscabara su dignidad. Entre los que suscribieron tal documento, estaba el general Díaz. Tras esto, el general Forey dispuso que se recogieran las armas y caballos de aquellos jefes y oficiales.

El día 20, los jefes subalternos y los oficiales formaron en dos filas en la plaza, se colocaron tropas francesas á sus flancos, y se emprendió con todos ellos, que iban pie á tierra, la marcha á Veracruz. En el camino se les trató sin consideración alguna, y tres llegaron á morir de hambre y de fatiga.

El día 21, el general González Ortega y los otros jefes superiores fueron colocados en carruajes, y con su respectiva descubierta, escolta á retaguardia é hileras á los flancos, tomaron el camino emprendido por los oficiales presos el día anterior.

A nada estaban comprometidos los que así eran conducidos; y muchos de ellos, antes ó después de la marcha, burlando la vigilancia de sus custodios, se fugaron, verificando esto el mismo González Ortega, Díaz, Berriozábal y Antillón.

¿Qué había quedado tras tanto sacrificio? Una ciudad hecha ruinas, un ejército deshecho, y el

honor de la nación á salvo, porque el ejército, impotente para combatir, había despedazado sus armas sin pedir al enemigo gracia alguna, ni las garantías que otorga el derecho de gentes: se cruzó solemne de brazos, esperando que cayeran sobre su cabeza todas las desgracias que deparase la suerte al vencido.

Se exigió á los jefes el compromiso de no batirse más, y ellos hicieron el compromiso de seguir cumpliendo con sus deberes como soldados y como hijos de la República.

En Puebla se había luchado con heroísmo, se había vencido bravamente en diversos combates parciales; habíase al fin sucumbido por falta de elementos, y al caer no se habían rendido las armas, no se había pedido gracia, y habíase protestado, á la faz del vencedor, seguir cumpliendo con la patria hasta la muerte. El honor nacional habíase salvado; la dignidad del ejército brillaba inmaculada en el negror de la catástrofe.

